

# EL PASAJERO

La amarillenta luz de la estación suburbana de ferrocarril, el eco apagado, pasada la medianoche, de somnolientos automóviles, la soledad entre las antiguas paredes y los lustrosos bancos recién pintados del verde oscuro tradicional. Un viejo, un hombre viejo de ropas sin pretensiones, observando los paneles con los horarios.

A la una y catorce pasaba el tren que, exactamente treinta y un minutos más tarde, llegaría a la terminal de Retiro. Y, siempre según los números de inescrutable lógica, trece minutos después arribaría a ese andén taciturno el último convoy que se hundiría en la noche húmeda de los campos, hacia otras simétricas construcciones de gastada luz y sonoro silencio.

El hombre permanecía inmóvil, quizás porque tuviera sobrado tiempo para esperar alguno de los dos vehículos o porque no le interesaba en absoluto aquel indicador complejo que observaba. Rato después atravesó el paso a nivel, desapareció unos instantes en la profunda oscuridad y, con un andar cansino, ascendió a la plataforma opuesta.

Como un espectro ensordecedor llegó la maquinaria jadeante hacia su meta y el viejo, con los mismos pasos sosegados, ascendió hacia el movimiento de la noche. Sin esperanzas ya, aunque sosteniendo la voluntad cotidiana que, a sus años, fundía el deseo incorruptible de vivir con la costumbre.

Transitando un camino que ya nada le decía se enfrentó luego a su solitaria puerta. Juan Ernesto Proscilli, 68 años, viudo, de oficio mecánico, jubilado, actualmente ejerciendo tareas de mantenimiento en La Industrial del Oeste S.A. por un salario inferior a lo que a sí mismo le parecía concebible.

No hacía frío esa vez, por suerte, y todavía tuvo tiempo -y el deseo aún- de revisar el periódico vespertino, interrogándose sobre el destino de la selección de fútbol, observando maquinalmente los anuncios clasificados y repasando unas tiras cómicas que no alcanzaban nunca a hacerlo sonreír.

Se durmió mientras organizaba sus futuros cercanos, recordando que su hija lo había invitado a almorzar el domingo y que tenía un desafío pendiente para jugar a los naipes con Antonio, mientras caprichosamente volvían a entremezclarse las ruidosas imágenes de su ronda nocturna con los frescos recuerdos de su niñez en las afueras de la ciudad: las naranjas, las gallinas de su casa, sus hermanos escapando hacia el potrero cercano.

No hacía frío esa vez pero su corazón se rindió finalmente.

En vano lo esperó Gladys; en vano preguntó por él Antonio. Pocos días más tarde su cuerpo se encontraba en un nicho, en ese inmenso panal de números infinitos que es el Cementerio de la Chacarita.

*Carlos Sabino*

Caracas, 1975 - 1990